
ALBA N.F. (KALISDICE)
HASTA EL FINAL DE TUS DÍAS
FANDOM BOOKS

HASTA EL FINAL DE TUS DÍAS

1.ª edición: julio de 2026

© del texto y las ilustraciones: Alba Navarro Francés, 2026,
representada por IMC, Agencia Literaria, S.L.
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026
C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez Soler
Ilustración de cubierta: Alba Navarro Francés

ISBN: 978-84-19831-63-7
Depósito legal: M-11632-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ALBA N.F. (KALISDICE)

HASTA EL FINAL DE TUS DÍAS

FANDOM BOOKS

A todas las personas que han deseado que sus seres queridos se quedaran un poco más a su lado, antes de marcharse para siempre.



Rod

Prólogo

Podría estar en cualquier otra parte ahora mismo. Incluso estudiar los exámenes sería mejor que presenciar un ritual de nigromantes. Qué se le va a hacer, la familia es la familia.

Ni intento disimular un resoplido. La mujer que tengo delante y que debe de pasarse por aquí tan poco como yo —me conocería si fuera el caso— se vuelve con el ceño fruncido. Pongo los ojos en blanco ante su petición de silencio. Estamos en una de las salas del sótano de la guarida, a oscuras y formando un círculo alrededor de la chica a la que le toca levantar al muerto. No sé cómo se les ocurre a los etéreos organizar esto de una forma tan lúgubre en pleno 2026. Y luego dirán que el resto de aquelarres nos tienen tirria.

Ante el incremento de los murmullos, levanto la cabeza para ver qué pasa. El círculo que formamos tiene unos diez metros de diámetro, así que la vista me da para distinguir su piel morena y los rizos oscuros. A mi alrededor, la gente empieza a animarla. «Tú puedes, Victoria», «Lo estás haciendo bien». La chica de ojos negros y profundos es la huérfana a la que todo el mundo mima en el aquelarre. Eso explica por qué hay tanta gente en este cumpleaños. Por mucho que se requiera de la presencia de todos en estos rituales, no todo el mundo puede acudir cuando se celebran; pero, por supuesto, a la mimada había que venir a verla sí o sí.

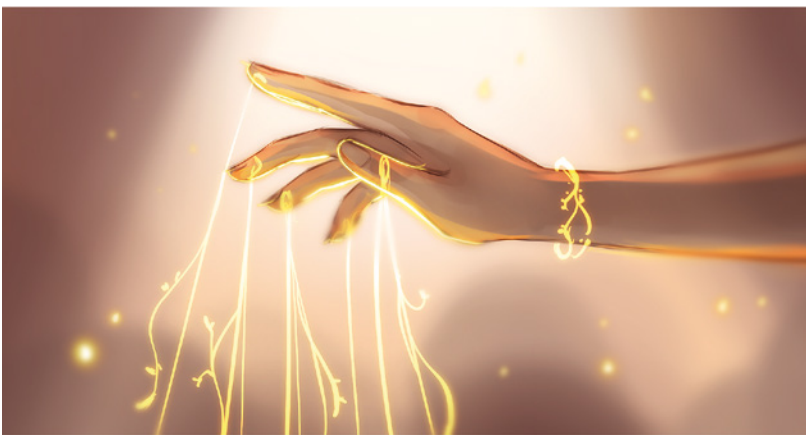
A Victoria le está costando. Aunque mueve los dedos y las manos como si tocara el piano, no hay ningún movimiento más

allá de sus propios temblores. Vuelvo a resoplar y la mujer de delante me mira con un gesto tan calcado de antes que dudo de si ha sido un *déjà vu*. Solo quiero que termine esto ya. Que nos sabemos el ritual de memoria.

Ojalá pudiera haberme librado, como mi padre. Él tenía la excusita de la guardia en el hospital, pero, encima de no venir, me manda a mí como participación de nuestra casa.

En el centro, Victoria se pasa la mano por la frente y hace una pausa para recogerse el pelo en una coleta. Desde aquí se nota lo mucho que le brilla la piel por el sudor. Mis ojos bajan al bulto que hay entre sus pies. Alguien había mencionado que esta vez la crisálida era de Portugal, así que tendrán que enseñarle español antes de que Victoria pueda usarla. Si es que consigue levantarla, claro.

Como si quisiera hacerme tragar mis palabras, la chica vuelve a alzar las manos, levantando algunos dedos que arrastran unos hilos invisibles. Consiguen mover la cabeza del cadáver. Desde luego que nos llamen titiriteros nos viene al pelo, considerando que nuestra magia fluye de esta manera hacia las marionetas.



El público mantiene la respiración. Yo tampoco puedo evitarlo.

En unos meses tendré que estar yo ahí en medio para hacer lo mismo con mi crisálida: levantarla, hacerla mi marioneta y tener la posibilidad de usar la magia que contenía en su interior.

Una magia que no sé para qué quiero. Para ser este tipo de etéreo, casi prefiero ser un humano cualquiera.

Los vítores apartan esos pensamientos de mi cabeza y me obligan a mirar de nuevo. La chica ya ha puesto a la portuguesa en pie. No solo eso, también la hace caminar, aunque con paso torpe. Los tatuajes de Victoria está brillando y sus dibujos de hojas se extienden por el cuerpo inerte. Los ojos de la muerta se han abierto también, y, aunque desde la distancia no los aprecio, sé que tienen el mismo negro como esclerótica que todas las marionetas que *viven* en el aquelarre.

La etérea empieza a dar unas vueltas sobre sí misma, dejando que el vuelo de su vestido negro genere una flor alrededor de su cuerpo de retaca. No parece suficiente con disfrutar de un espectáculo así, también se está riendo.

Es espeluznante ver lo que ha creado con su magia interior, un ser que se mueve, aún con pasos torpes, y que hace un intento de hablar, pero que queda en un indescifrable balbuceo.

Lo suficiente para que Victoria se haya convertido en una nigromante adulta tras este ritual.

El grupo aplaude, extasiado, mientras a mí se me revuelven las tripas. La pregunta de qué carrera quiero estudiar es menos angustiosa. Maldita sea, esa vida al menos es normal, como la del resto de personas de mi clase, de mi instituto, de mi ciudad. Cuando sea mi turno, tengo claro que la marioneta que cree se quedará en este aquelarre junto a las demás para que afecte lo menos posible a mi día a día. Como si no existiera.

Los ojos de Victoria me encuentran. No es ella la que habla, sin embargo.

—Enhorabuena, Victoria. Has completado la prueba de iniciación. Ahora, podrás usar tu magia libremente y con responsabilidad.

Como es tradición —una tradición que me tiene hasta las narices—, Lía, la líder del aquelarre, inicia el discurso. ¿Por qué demonios me está mirando a mí en vez de a Victoria?

Mi garganta sigue seca después de tragar saliva. Me puedo imaginar por qué me he vuelto el centro de atención de repente, la razón por la que todos los ojos se han vuelto hacia mí.

—Bien, Zhou Ming. —Encima pronuncia mi nombre mal, ¿no puede llamarme Rod? Cojo aire cuando su boca se mueve otra vez. Va a decirlo—. El próximo en despertar la magia serás tú. En menos de un año nos veremos aquí con tu crisálida. Según dicta el artículo 2, apartado 1, de la Ley de la Herencia, Victoria se encargará de encontrarla.

Cumplir dieciocho años es un asco, pero más si eres un etéreo titiritero.



Rod

Cincuenta y cinco días para el cumpleaños de Bast

Tenía que ser en abril. El único mes del año pasable. Por el clima primaveral, por las flores de almendro llenando el patio del instituto y por su canción, esa que lleva en el móvil y que pertenece a una época pasada de moda. *20 de abril*. El día perfecto para declararme a Bast.

Ahora que tengo toda su atención en un patio del que todos los alumnos han escapado tras el timbre de final del día, me he quedado sin voz y con las piernas temblando. Mi mejor amigo me mira de esa forma que me provoca los cosquilleos en el estómago a los que aún no me he acostumbrado en años. Es guapísimo. Y cuando sonríe, aún más. Que la brisa le revuelva el pelo como en los anuncios de champú mientras que a mí el mío me golpea la cara y se me deshace el moño hace este momento más patético todavía. Para mí, tenía que ser en abril, pero el universo no tenía por qué estar de acuerdo.





Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando sus dedos se deslizan por mi mejilla.

—Tenías el pelo en el ojo, Rodi. —Recoloca el mechón tras mi oreja. Juro que su risa despreocupada y dulce es la más bonita del mundo.

Hace años que dejé de gruñirle cuando me llamaba Rodi en vez de Rod o Zhou. Al principio creía que era una burla a Rodolfo, ese nombre que mi madre me puso para facilitar la integración y que no pensó en lo mal que quedaría en un crío a diferencia de cómo le sentaba al señor del estanco con el que se llevaba tan bien. No hacía falta conocer mucho a Bast para saber que ese «Rodi» que solo usaba él estaba muy lejos de ser una burla, y en algún momento entre primaria y la ESO dejó de sonar mal en sus labios, esos que no puedo dejar de mirar ahora.

—Eres un pesado. —Es mi forma de disimular los nervios. Tengo el cuerpo tieso y el estómago dando volteretas sobre sí mismo—. Bueno, ¿vamos?

—¿No querías contarme algo?

Tiene esa cara que parece decir «podrías hacerme perder el tiempo una hora más y me parecería bien», porque nunca se queja de nada. Niego con la cabeza y avanzo como lo haría un perro con el rabo entre las piernas.

—¿Es algo de tu padre? —Su voz es más suave y seria esta vez. Lo que me faltaba, que piense que mi miedo por confesarle mis sentimientos es una discusión más con mi familia.

—Ya sé que mi vida es un asco, pero me pasan más cosas además de él.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Le has contado tu nueve en Matemáticas? Seguro que le hará ilusión.

—No más que su trabajo —refunfuño—. Y bueno, es lo mínimo que espera, así que…

Bast me agarra de la muñeca con naturalidad. Me ahorro el recordarle que esa manía suya de tocar a todo el mundo sin pensarlo puede incomodar a los demás. A mí me sube las pulsaciones, aunque eso no tiene por qué saberlo.

—¿Y si te vienes a comer a casa y luego me ayudas con el examen de la semana que viene de Mates? Yo te puedo ayudar con Historia.

A cualquier otra persona le hubiera respondido que no por falta de ganas. Ante esos ojos marrones que me miran con una ilusión chispeante, sin embargo, no encuentro las fuerzas para negarme.





No sé cuántas veces me he quedado comiendo a solas con Bast en su casa, aunque sus padres, a diferencia del mío, sufren cuando no pueden pasar el mediodía en familia. Mi amigo se despide de su madre con un fuerte abrazo antes de volver a la cocina y ponerse a servir nuestros platos. También deja apartados otros dos para los mellizos y una montaña de espaguetis para su padre.

—He venido en buen día. Espaguetis con tomate.

Bast se echa a reír negando con la cabeza.

—Hay que comer *verdurica* también, no todo es pasta.

Se le nota muchísimo que ha tenido que participar en la crianza de sus hermanos pequeños, y aunque a veces resulta un poco insoportable, su facilidad para la cocina y su instinto paternal prematuro consiguieron que no me pegara media infancia cenando galletas o fideos instantáneos. Cuando lo veo sacar la inyección de insulina de su estuche, me alejo un poco antes de que me dé el aviso del pinchazo. Ser un nigromante con miedo a las agujas es irónico, considerando que en algún momento, antes de mi cumpleaños, me tocará quitarle la vida a alguna crisálida.

Comemos los dos mientras ponemos a parir a algunos profesores. Más yo que mi amigo, que soy el que necesita no pensar en mi mundo de nigromantes oculto de humanos como es él. Cuando subimos las escaleras al piso de arriba y me guía hasta ese cuarto suyo que he visto casi más veces que el mío, la sonrisa no se va de su rostro. He entrado a esta habitación miles de veces, desde que nos intercambiábamos tazos y cromos en los recreos y luego veníamos aquí, hasta los días presentes en los que nuestro tiempo fuera de clase se basa en estudiar y, si nos sobra tiempo, jugar un rato a la Play. Han cambiado los colores de las paredes y el contenido de los estantes, pero la disposición siempre ha sido la misma en este espacio cuadrado ocupado por el escritorio, la silla y la litera en la que he dormido en más de una ocasión. Las estanterías siguen llenas de figuras de Playmobil y estructuras de Lego.

—Las integrales me cuestan un montón —exclama, sentándose en su silla de escritorio. Yo ocupo la cama. Sus labios, que se los humedece cada vez que tiene un reto por delante, son igual de bonitos de lado que de frente.

Aparto la mirada de ellos, pero pensar en lo cómodo que es el colchón y en cómo sería compartirlo con él —y no como cuando éramos niños— no es mejor salida. Debería salir de fiesta y liarme con alguien para que se me pase todo esto.

Me levanto. Su sonrisa dulce y sin un ápice de lascivia es justo lo que necesitaba para tener remordimientos por mis pensamientos sucios. Si me hubiera declarado, a lo mejor ser novios justificaría todo lo que se me pasa por la cabeza y que ha sido recurrente desde aquella primera vez que le eché demasiada imaginación mientras se me bajaba la resaca. Desde entonces, la calma que siempre me había dado Bast se ha convertido en algo muy distinto.

—¿Tus hermanos no están? —consigo preguntar para huir de mis propios pensamientos.

Por un momento había olvidado lo mucho que se le ilumina la mirada a Bast cuando sus hermanos salen en una conversación,

el cariño chispeando en sus pupilas. Está guapísimo, maldita sea.

—¡No! Hoy se quedaban una hora más porque tenían bilingüe de francés.

—Menuda desgracia tener que estudiar francés. —Bast deja escapar una risa envolvente y luminosa que contrasta con mi resoplido. Si no fuera porque es imposible, juraría que cada una de las pecas de su piel se iluminan—. De los franceses no quiero ni las *crêpes*.

—Pues hay un sitio cerca del centro que las hacen riquísimas. Cuando pasemos la selectividad, podemos ir a celebrarlo.

—Bast, yo no sé si voy a hacer la selectividad.

Sus ojos se abren como platos y me coge la mano como disculpa. Me recorre un escalofrío como cada ocasión que me coge la mano en un gesto silencioso que parece decir «estoy aquí». Imaginarme comiendo *crêpes* con Bast alivia el amargor de no saber qué hacer con mi vida después de bachillerato.

—Bueno, puede que la gastronomía francesa no sea algo tan horrible como los propios franceses.

Bast empieza a reírse hasta que una repentina tos le sacude. Me apresuro a darle golpecitos en la espalda mientras él se tapa la boca con la mano. Tarda tanto en parar que temo que eche por la boca algo más que aire.

—Bast, eh, Bast.

Busca mis ojos en cuanto deja de toser y, por un instante, me da la sensación de que tienen un color más miel que chocolate.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. No te preocupes, ya sabes que soy un poco delicado. —Asiento y vuelvo a la cama. A pesar de comer sano y mantenerse en forma gracias a las clases de baile y el *running,* Bast pilla todos los resfriados—. Venga, vamos a ponernos en serio.

Mientras le resuelvo sus dudas, no puedo evitar preguntarme si realmente mi amigo no entiende las integrales o si solo quería distraerme de lo que tengo en casa. Igualmente, mientras le dejo

resolver unos ejercicios bajo mi supervisión, mi cabeza regresa al que debería ser mi hogar. Demasiados frentes abiertos. Los temas familiares, las salidas universitarias, los asuntos del aquelarre. No tengo claro qué de todo me produce más ansiedad. No queda mucho para mi cumpleaños. Ese 12 de mayo será diferente a los anteriores, porque tendré que hacer el mismo ritual que hizo Victoria.

Acabar con la crisálida que me corresponda, la que esté en el interior de alguna persona de por ahí, para quedarme con la magia que tenga dentro y así convertirme en un etéreo completo. No sé para qué demonios quiero yo la habilidad de levantar cadáveres. ¿No podría haber nacido etéreo elemental y poder usar magia de agua, o un etéreo curandero para sanar a la gente? Maldita sea, tantas opciones y el sacrificio de los titiriteros es el único que no sirve para nada. A no ser que seas un tarado.

—¡Ya llegué! —El acento argentino del padre de Bast inunda la casa. Su hijo sale del cuarto corriendo para saludarle. Como maquinista de trenes de mercancías suele pasar noches en otras ciudades, así que no siempre duerme en casa.

Ojalá pudiera empatizar con echar de menos a un padre como lo hace mi amigo. Él siempre abraza fuerte al suyo cuando regresa, y este le come a besos. El mío se conforma con un escueto «hola» cuando regresa del trabajo después de veinticuatro horas de guardia en el hospital. Con la esperanza absurda de que mi padre se haya preocupado de dónde estoy ahora, echo un vistazo al WhatsApp. En su lugar encuentro otro mensaje más de su pareja, otro que voy a dejar en visto.

Siento un calambre en los dedos por el mal presentimiento que me da un nuevo chat de un número desconocido.

Lo abro.

¡Holi Rod! 🌼 Soy Victoria. ¿Qué tal estás?

La angustia crece en mi estómago.

El movimiento de Victoria solo puede significar que ya ha empezado a buscar a mi crisálida.



Victoria

Cuarenta y ocho días para el cumpleaños de Bast

Chai no ha dejado de restregarse con las piernas de mi marioneta desde que la traje a casa, así que no puedo evitar preguntarme si, después de todo, su piel es cálida. Está muerta, no debería ser el caso, ¿no?

Sacudo la cabeza para quitarme esas ideas de la cabeza. Es bastante turbio tener a un cadáver que se puede mover compartiendo techo conmigo, pero parece que soy la única que tiene algún inconveniente, viendo lo contento que está mi gato.

Después de despertarla en el ritual, sus movimientos fueron tan autómatas como los del resto de marionetas del aquelarre. Se acercó. Se arrodilló.

Y esa fue su forma de jurarme lealtad eterna, silenciosa. Y yo la llamé Asia, porque me parecía un nombre bonito y porque tenía que desprenderse del Sabina que tuvo cuando vivía.

Así ha sido desde entonces. Atiende a todos mis movimientos, predispuesta a cada orden que pueda darle. Pero más allá de su obediencia innata, físicamente pasaría por una persona. No huele a podrido ni está pálida como los muertos. Su pelo es corto y castaño, y su figura delgada siempre está cubierta de algún vestido, y, aunque no daba un duro por que me hicieran caso, mi proposición al aquelarre de ponerle ropa parecida a la que vi en sus recuerdos parece que ha sido respetada. Ahora, básicamente, y aunque no tenga vida en su interior, lo único que refleja que es una marioneta son los ojos, esas escleróticas oscuras que comparten todas las de su especie.

A lo mejor si no la hubiera dejado con el aquelarre estos meses para que la entrenaran en vez de traerla directamente a casa, podría haber averiguado más de ella. Tal vez preguntarle algo de todos esos recuerdos suyos que vi cuando acabé con su vida. Sacudo la cabeza. No, es una marioneta, no habla. Es solo eso, un muñeco que recibe órdenes mías y las efectúa. Estos meses de preparación en el aquelarre le han servido para entender mi idioma, para aprender a luchar por si tiene que defenderme, y para aprender tareas básicas. Tenemos permiso para enseñarles lo que queramos por nuestra cuenta, como marionetas nuestras que son y que nos van a acompañar toda la vida. ¿Y si le enseño a limpiar para que se encargue de eso en casa? Es lo más aburrido de todas las tareas domésticas y, rediez, no quiero tenerla esperando como una estatua todo el día, aburriéndose.

Aunque las marionetas no se aburren. No están vivas.

Se me escurre de entre las manos una de las libretas que llevaba en brazos junto a todos los libros, y la caída produce un estruendo que le hace levantar la cabeza, atenta a mis nuevos movimientos. En la guarida del aquelarre me cruzaba a todas horas con otras marionetas de los etéreos, por eso estoy acostumbrada a los ojos oscurecidos que tienen. Los de Asia son grandes y rodeados de unas pestañas tan largas y abundantes que no puedes evitar mirar. No dice nada, y a mí se me escapa una sonrisa de circunstancia antes de agacharme a recoger el destrozo. Para cuando mis ojos vuelven a fijarse en ella, su cuerpo está mucho más cerca del mío. En el instante siguiente está de cuclillas junto a mí, cogiendo la libreta que faltaba. Es una marioneta, servirme es su trabajo.

—Gracias —digo aun así.

Sus ojos se entornan un segundo antes de volver a ampliarse, sin que el resto de su cuerpo se inmute lo más mínimo.

Me levanto y ella me imita. Espero que al apartarme no pueda escuchar lo mucho que se me ha acelerado el corazón. No es solo que no huela a podrido, es que tiene el mismo olor que los claveles de mi floristería. Es agradable.

Asumo que no me voy a acostumbrar a tener una muerta en casa que me siga a todas partes ahora que el aquelarre me ha enviado para guiar a Rod, así que esta noche cerraré la puerta de mi cuarto. Un maullido capta mi atención y busco con los ojos los de Chai. Su presencia consigue que todo me resulte un poco menos violento. Quiero estar bien descansada para mañana y hacer bien el trabajo que me toca como guía de Rod. Mi amiga Heide no mentía cuando me contó que era un borde, porque ni ha respondido a mi mensaje a pesar de haberlo leído.

Me dejo caer en el sofá para escribirle a Heide y reírme un poco con ella, que lo necesito. Las ventas en la floristería hoy han ido fatal, y cuando pasa eso tiendo a sobrepensar si valgo para continuar el negocio que heredé de mi abuela. Si no fuera suficiente con el síndrome del impostor, también me pongo a recordarla en esos momentos. Han pasado algunos años, y si algo he aprendido es que, aunque el tiempo hace cicatrizar las heridas, siempre dejan marcas.

No, no quiero ponerme nostálgica.

Me subo a Chai en el regazo. Como es costumbre, maúlla al ser desplazado sin su consentimiento, pero no tarda en acurrucarse y empezar a ronronear con mis primeras caricias. Tenerlo cerca me ayuda en los momentos en que siento estrés, además de conseguir que se esfume un poco la tristeza. Asia sigue como una estatua, esperando.

¿Sería grosero pedirle que no me mirase todo el rato?

Como si me hubiera leído la mente, su mirada cae al suelo, aunque permanece tiesa con el cuerpo orientado a mi sofá. Suspiro antes de abrir el chat de Heide.

Maña, tenías razón.
Ni me ha respondido.

Te lo dije, es que es un tío rarísimo.
Su padre dejó de venir tanto cuando

la madre murió. Ella sí que era maja,
pero se ve que Rod ha salido al padre.

La verdad es que me podría haber tocado
guiar a alguien más agradable (como la
chica que cumple después de él jeje)
que con la floristería tengo
suficiente drama en mi vida ya.
Y, bueno, con la marioneta.

Ya, tía.
¿Va mal la floristería?
Tengo que trabajar en la cafetería varios
turnos, pero si necesitas ayuda me dices, eh.

Gracias, mi niña.
De momento voy tirando.
¿La cafetería guay?

Sí, como siempre.
Para el grado de hostelería me viene
de perlas, ¿sabes?, como prácticas.

Me hubiera gustado hablarle de la chica que he mencionado. Monísima. Podría haberle comentado eso para tener algún chisme que contarnos, por muy falso que fuera. Normalmente era Heide la soñadora, la risueña que suspiraba cuando pasaban por delante chicos guapísimos; yo solo me reía porque, al fin y al cabo, no terminaba de entenderlo. Desde que dejó de hacerlo al entrar en el grado, echo de menos ese tipo de conversaciones

tontas, así que intento cubrirlas yo. Un enamoramiento de una chica guía con su chica guiada dentro del aquelarre me suena muy cuqui, pero Heide no ha dado mucho pie a seguir ese hilo argumental, ni ha desarrollado mucho más lo de Rod.

No me ha respondido y sé que no lo va a hacer ahora que su turno ha empezado, así que me pongo a trabajar. Pregunto a Lía si puede mover algunos hilos para meterme en el entorno en el que está la crisálida. Esa es la labor de un guía: después de que el aquelarre dé una estimación del foco de magia, encontrar a la persona que la tiene en su interior. Mi guía tuvo que irse hasta Oporto para encontrar a Asia. Yo he tenido la suerte de no tener que salir ni del país. Ni siquiera de la ciudad.

De hecho, el foco está en el mismo instituto al que va Rod.

Se va a caer de culo cuando me vea allí.



Rod

Cuarenta y siete días para el cumpleaños de Bast

Por supuesto que Bast ha aprobado el examen que estudiamos el otro día, incluso con más nota que yo. Matemáticas es la única asignatura con la que puedo conseguir un notable sin tocar un libro. Y aún con eso, a la profesora no le ha parecido suficiente y me ha hecho perder diez minutos del recreo para hablar con ella.

—Que puedo esforzarme más, que llegaría más lejos si no me limitara a lo mínimo. Eso me ha dicho la desgraciada —le cuento a Bast en el recreo.

—No la llames así, Rodi.

Resoplo, aunque poco tengo que hacer contra la sonrisa de mi amigo. Siempre se las apaña para ablandar el tono y las palabras que uso. Si no fuera por su presencia, estaría soltando maldiciones e insultos a todas horas. Estamos en el patio, apoyados contra la pared del edificio que da a la cancha de baloncesto. Incluso con el abrigo y la bufanda que se ha puesto Bast para ver si así la tos que se le ha vuelto crónica desaparece, es un modelo de revista. Aunque el sol primaveral y la brisa son agradables, hubiera preferido salir a echarme un cigarro al patio de los de bachillerato, donde nos corresponde estar si no fuera porque Bast está más cómodo compartiendo espacio con sus hermanos, aún en la ESO. Y yo estoy tan pillado que solo sé complacerle con algo que ni siquiera me ha pedido.

—¿Estás bien? —insiste.

—Hasta las narices estoy, Bast. ¿Por qué no me dejan tranquilo? Ni que fuera su vida.

—No lo tienes claro aún, es normal, Rodi. Es muy difícil elegir.

Aunque agradezco que mi amigo no caiga en la típica reflexión de que los profesores solo quieren lo mejor para sus alumnos, o peor, que tengo que pensar más en mi futuro, el que remarque con sus palabras mi realidad de estar perdido sin saber qué hacer me produce un pinchazo.

—A veces me dan ganas de repetir, y que le den a todo.

No paso por alto la forma en la que sus ojos se abren con alarma. Separa los labios para decir algo. La entrada de un balón detiene lo que fuera a decir, uno que él mismo detiene antes de que se me estampe en la cara. El pulso se me acelera más por su impulso de protegerme que por el susto. Suelto un gruñido. Ser un etéreo tampoco me ha dotado de los reflejos que tiene Bast. Mi amigo le devuelve la pelota al chico que viene a recogerla con apuro, y estoy seguro de que encontrar en el pelirrojo una sonrisa en vez de un reproche es lo que le hace respirar tranquilo. Bast tiene esa habilidad de quitar culpa a los demás. ¿Soy yo el único que se da cuenta de lo maravilloso que es?

Mientras observo cómo el chaval regresa al campo, lo que llama mi atención y congela mi sangre poco tiene que ver con el baloncesto. En la otra orilla está esa persona que puede hacer converger mis dos mundos, el de humano y el de etéreo.

¿Qué demonios hace *ella* aquí? Me acerco peligrosamente a los dieciocho y la sonrisa de Victoria está aquí para recordármelo.

Nunca la he visto en este instituto, ni siquiera por este barrio. Un mal presentimiento me seca la garganta mientras se acerca a mí. Mi impulso es huir, pero mis talones encuentran la pared.



Vale, me he pasado. Victoria se ríe y eso parece tranquilizar a Bast. Soy maleducado, pero no tanto, no he llegado al punto de despachar a alguien si fuera un desconocido. O sí.

—Un placer verte también, Rod… Pues que me he cambiado de escuela.

Esa respuesta le vale a Bast, que asiente con interés. A mí no. Por supuesto que mi guía ha venido aquí por otra razón, seguramente para estar todo el día encima de mí. Bast le está haciendo preguntas que ella responde con la misma sonrisa risueña que tiene él. Siento un pinchazo en el pecho al verlos mirarse así. Le está contando que dejó el bachillerato en su momento y que lo quiere retomar por las referencias que ha escuchado de esta escuela. Solo un tonto se creería eso. O un humano ajeno a los tejemanejes de los etéreos.

La salvación llega por su propio pie como un gesto divino. Como en todos los recreos, los hermanos de Bast aparecen. Ambos le están dando un mordisco a esos bocadillos que, estoy seguro, ha preparado Bast antes de salir de casa. Son dos chavales

con la misma cara y distinto pelo y ropas. Cristian siempre ha tenido el pelo más corto que Daniela, y se lo aligeró aún más cuando empezó la transición. Los dos son rubios, tirando un poco a rojizo, aunque no tanto como su hermano mayor. Eso sí, las pecas también pueblan sus caras como si fueran un cielo estrellado.

—¿Qué hay, Rodi? —dice la chica al llegar, con una sonrisa traviesa.

—Que me llames Rod.

Los ojos castaños de la niña se iluminan con malicia mientras le susurra algo a su hermano, que asiente con la timidez que le falta a ella. «Es que solo deja que el tato le llame Rodi». Pongo los ojos en blanco. Ya está sacando todo de contexto. Bast los sorprende con un abrazo que arrastra a los dos. Si por él fuera, estaría todo el recreo pendiente de ellos en el patio, pero, como no quiere atosigarlos, espera a que sean ellos los que aparezcan. Nunca me sobra la presencia de los mellizos, pero en esta ocasión la bendigo.

—Voy a enseñarle a Victoria el patio, Bast —digo con un hilillo de voz, agarrando a Victoria del brazo. Él está entretenido con los hermanos, así que aprovecho para llevarme a la etérea a una de las esquinas de la verja protegida por un muro. Un lugar poco transitado donde unas chicas tenían las bocas sospechosamente pegadas. Se irán ellas si quieren, porque yo no.

—¿Me vas a decir qué haces aquí, Victoria?

Su sonrisa me revuelve las tripas. Al escuchar unos murmullos a nuestras espaldas, me separo de la pared contra la que había acorralado a mi compañera de aquelarre. Arrinconarla con mi propio brazo en uno de los callejones del patio no ha sido la mejor de las ideas, pero al menos eso echa a la pareja de enamoradas y nos deja solos.

—¿Te preocupa que una etérea se cuele en tu territorio?

—Me preocupa no saber qué demonios haces aquí.

Ella frunce el ceño.

—Eres un desagradable, Rod.

—Mira. —Estoy empezando a perder la paciencia—. No sé para qué has venido, pero si es solo a tocarme los huevos, ya te estás largando.

—Creo que sabes tan bien como yo por qué estoy aquí.

—Ni puñetera idea —miento.

Ella suspira. No se cree que no lo sepa.

—El último etéreo en cumplir dieciocho y conseguir su magia es el que tiene que guiar al siguiente.

—Que soy yo, genial.

—Sí. Yo soy tu guía ahora mismo. El aquelarre me ha indicado que tu crisálida está en este instituto.

De repente respirar me parece la tarea más difícil del mundo.

Tu crisálida está en este instituto.

No puede ser. No ha venido solo para estar encima de mí.

Me meto las manos en los bolsillos, para ver si así me dejan de temblar o, al menos, ocultarlo.

¿Mi crisálida? ¿Aquí? ¿Tan cerca?

No puede ser.

Claro que yo no puedo identificar la magia, todos los etéreos necesitamos sacrificar a nuestra crisálida primero para asimilar la magia de su interior y poder utilizarla. Victoria estaba en esa misma situación hace unos meses, pero ahora sí que es capaz. De eso viene la tradición tan estúpida de que el anterior etéreo en ser adulto busque la crisálida del siguiente.

¿Y su marioneta? ¿Qué ha hecho con ella? ¿La habrá dejado en el aquelarre como hacen tantos etéreos o la estará usando de sirvienta?

No tengo ni idea de qué clase de persona es Victoria, pero ya me ha arruinado el día con su noticia.

—Pues búscala y acabemos con esto. —Consigo articular—. Quien sea mi crisálida, lo haré rápido y ya está. Tengo otras preocupaciones más importantes.

—Eso he venido a hacer. Está en el instituto y tengo que explorarlo. ¿Lo entiendes?

No tengo suficiente con estar enamorado de mi mejor amigo y tener que resignarme con la situación en mi casa y la presión de los profesores para que elija mi futuro. Ahora también, además de ser un etéreo que ningún humano puede descubrir, tengo a mi crisálida en mi propio instituto, así que tendré que quedarme con el cadáver de un compañero de centro el resto de mi vida. Tiene que ser coña.

—Pues encuéntrala ya y lárgate de aquí. No me apetece verte el careto durante un mes entero.

—¿Pero qué te crees que es esto? ¡La exploración lleva tiempo! Ojalá fuera como esos etéreos que nacen con el don de identificar la magia de las personas con precisión. ¡Pero no es el caso!

A mi lista de mala suerte añado tener que soportar a esta tía. ¿Por qué tengo que cumplir años después de ella? ¿En tantos meses no había ningún otro titiritero que alcanzara la mayoría de edad?

—Menudo asco.

—A mí tampoco me gusta esta situación, Rod.

—Pues bien que estabas sonriendo cuando me has encontrado.

Ella tuerce el labio.

—Porque tengo que disimular. Paso de meter la pata y que alguien escuche de más. No quiero tener que llamar a un mentalista para que borre recuerdos de humanos por no hacer algo tan sencillo como sonreír. Eso que no haces tú.

Pongo los ojos en blanco.

—La gente vería más raro que estuviera sonriendo todo el día, así de repente.

Lo que fuera a responder se lo guarda para ella. En su lugar, suspira.

—En fin, encantada. En el aquelarre no hemos tenido mucha oportunidad de hablar.

Me tiende la mano. Las mías permanecen en los bolsillos.

—Y espero que siga siendo así.



Victoria

Cuarenta y seis días para el cumpleaños de Bast

No sé cómo puede ser Bast amigo de Rodi. El etéreo es un sieso y su mejor amigo es, por el contrario, una de esas personas a las que quieres tener cerca. El timbre de cambio de clase echa al profesor de Biología y aprovecho el descanso para hablar con Bast, a quien tengo a mi lado.

—Me sorprende que Rod haya elegido el bachillerato tecnológico —comento aprovechando la ausencia del etéreo, que aún no ha vuelto del aula de dibujo técnico.

—Es que le da asco la sangre y le dan miedo las agujas, así que quería evitar todo lo que estuviera relacionado con ellas dentro de ciencias. —Menuda ironía para un nigromante—. Por cierto, ¿puedo pedirte algo? —Parece que se lo ha pensado un poco antes de decirlo, así que me reclino en la silla y asiento con una sonrisa—. ¿Te importaría llamarme Sebastian o Sebas?

Eso me hace parpadear, luego, me pongo roja. ¿Me he confundido de nombre?

—¡Ah! Perdona. Es que como siempre Rod te llama Bast creía que…

—No, no te preocupes. —Su sonrisa me calma más que las palabras en sí—. Es que nos llamamos así desde pequeños. Y me gusta que me llame así solo él. —Oh, ¿están saliendo? Parece entender la pregunta que se me pasa por la cabeza, porque niega con la cabeza—. No es por ser pareja ni nada, es que, como mejores amigos, tenemos una forma especial de llamarnos.

—Ah…, ¿por eso le llamas Rodi en vez de Rod?

Él asiente y su sonrisa me deslumbra. Cuando habla de Rod su cara se ilumina.

—Además, seguro que a Rodi no le gusta ver que tú también me llamas así.

Se ríe con suavidad y me guiña un ojo justo cuando unos libros que caen en mi mesa me hacen dar un respingo. Evidentemente, lo que encuentro sobre ellos es la cara mustia de Rod y un gruñido en sus labios. Su mirada pasa por delante de mí y se suaviza cuando da con la de Bast. Sebas.

—¡Vaya cara llevas! ¿Te encuentras mal?

Me giro yo también para mirar al pelirrojo. ¿Qué cara lleva?

—No te preocupes, Rodi. Ahora me tomaré un ibuprofeno.

Bast le ha cogido la mano, y el otro se la ha aceptado. Si no fuera porque llevo un par de días viendo a los dos apoyarse el uno en el otro, hablar a una distancia que no respeta el espacio personal y con sus manos casi siempre unidas, me habría sorprendido ver a Rod interactuando de esa manera. He descubierto que Sebas es así con otra gente, aunque no de un modo tan exagerado. Incluso a mí me toca mucho el brazo y alguna vez me ha cogido de la mano, sin permiso. En la primera clase me chocó un poco, pero parecía tan natural por su parte que me sentí incluso más cómoda adaptándome rápido que poniendo límites.

—Tienes que cuidar esa garganta, idiota —le suelta Rod. Por mucho que sus palabras sean duras, no las dice con el desagrado que acostumbra. Está preocupado por él. Confirmamos que Rod puede preocuparse por alguien.

—Tengo caramelos de menta…

El chico que se sienta en una de las mesas de delante se vuelve hacia nosotros con la mochila ya a medio abrir, mirándonos con una vergüenza que se le refleja en el rubor de las mejillas. Es uno de los pocos alumnos de clase de los que me acuerdo del nombre, Leonardo. A pesar de su constitución fuerte y ser el más alto de la clase, sus ojos oscuros revelan lo *cachico* de pan que es. Le da un caramelo a Sebas y también nos ofrece uno a Rod y a mí. Rod no

ha dado ni las gracias, yo he aprovechado para entablar conversación. Cuando Leo y Sebas se ponen a hablar de exámenes, le hago un gesto a Rod para que salga un momento conmigo de clase. Avanzo, y él decide fastidiar un poco y salir solo cuando empiezo a ponerme nerviosa. No quedan más que unos minutos para que toque otra vez el timbre de la siguiente clase.

—¿Qué demonios quieres ahora?

—Comentarte mis avances.

—¿Has encontrado a la crisálida?

—Aún no, ¡si llevo dos días aquí!

Chasquea la lengua.

—Mira, paso de que me des los reportes del día. Es tu investigación, no la mía. ¿O es que tu guía te estuvo mandando mensajes cuando se fue a Portugal?

Eso me hace cerrar la boca.

—No, la verdad. Solo me avisó cuando supo quién era mi crisálida —admito, a regañadientes.

Pone los ojos en blanco.

—Pues lo mismo conmigo.

—Pero…

—Y por cierto, ya que te he visto tan tranquila con él. Leo es un elemental.

Eso me deja en el sitio.

Elemental.

Un etéreo elemental.

—¿Cómo lo sabes si aún no puedes usar la magia? No puede ser, yo debería notarlo si fuera un etéreo, sentiría su magia.

—Vaya guía más corta me ha tocado. —Rod es de las pocas personas que consigue sacarme de mis casillas. Al menos, abre la boca para explicarse—. No lo notas porque aún no ha cumplido los dieciocho y no ha asimilado la magia de su crisálida. Yo lo sé por las reuniones y esas cosas. En este instituto hay un par de profesores y unas cuatro familias de etéreos. Leo llegó el año pasado y los adultos nos presentaron para que sepamos quiénes éramos. ¿En tu instituto no era así o qué?

—Era tan pequeño que solo estaba yo. De etéreos, quiero decir. —Se encoge de hombros—. Me sorprende, la verdad.

Alza una ceja.

—¿Encontrarte con más etéreos? Ni que Zaragoza tuviera pocos.

—No, que me sorprende que Leo sea elemental y nos trate… no sé.

—Te ha ofrecido un caramelo, mal no te trata.

—Por eso.

Me mira como si me hubiera salido una segunda boca. No le comparto lo que se me pasa por la cabeza. Mi abuela Cándida era elemental, y cuando íbamos al aquelarre de titiriteros la trataban… diferente, como si estuviera por encima. Nunca quiso llevarme a su aquelarre de elementales por los desprecios que hacían a los titiriteros. Los nigromantes no son bien vistos por el resto de etéreos.

El timbre me devuelve a la tierra y corta la conversación con Rod. La clase será un aburrimiento, pero por lo menos ya no tengo que seguir hablando con él. Al entrar, el hueco al lado de Leo está solo porque Rod, en vez de sentarse con él, ha decidido adelantarse y robarme mi sitio junto a Sebas. Cuando dije que parecía que le molestara que entrase en «su territorio» no iba demasiado desencaminada.

Le sonrío a Leo, que parpadea, como si no supiera cómo responder a una sonrisa. Al sentarme a su lado, sin dejar de sacar los libros de la mochila que Sebas tiene el detalle de pasarme desde atrás, no puedo dejar de darle vueltas al tema. Leo es un etéreo elemental, lo que significa que debe de pertenecer al aquelarre de elementales del municipio en el que estamos, al que pertenecía mi abuela Cándida antes de abandonarlo. Si tiene mi edad… ¿la habrá conocido?

Aunque la clase de Lengua haya empezado, no dejo de pensar en esa posibilidad. No sé cuántas veces miro mi reloj, cuántas veces me mordisqueo el labio. Debe de pasar la hora entera sin que me dé cuenta, porque cuando reúno la confianza suficiente

para dar el paso y pasarle una nota a Leo, el timbre de final de clase suena.

Al ver la negativa de su cabeza, mi respiración se detiene.

«¿Te suena el nombre de Cándida?», decía la nota.

«No», dice su gesto.

Otra persona más que no tiene una pista de quién era mi abuela en realidad.



Victoria

Cuarenta y cinco días para el cumpleaños de Bast

Releo el mensaje de Heide una y otra vez.

> Hoy no puedo quedar porque hace dos años de la muerte de mi tía y nos vamos a reunir la familia.
> Si quieres venirte, estás invitada.

Desde la muerte de mi abuela, la gente del aquelarre suele invitarme a sus planes. La mayoría de veces los rechazo, no quiero participar en eventos íntimos. Le respondo con un «No te preocupes» y un «Lo siento» antes de tirar el móvil al sofá, yo voy detrás, soltando un largo suspiro. Me hubiera venido bien hablar con mi mejor amiga sobre mi abuela. Chai se restriega contra mi cuerpo y me regala varios maullidos que me hacen sonreír. Este gato es lo único vivo que me queda de ella. Debería haber superado las fases del duelo, pero la herida abierta de no haber conocido suficiente de su pasado sigue sangrando.

El aquelarre se volcó conmigo porque yo era una nigromante. No sé qué llevó a mi abuela a adoptar a una niña que era una etérea titiritera, siendo ella una elemental. En la guarida la aceptaron, pero no como una más, sino como alguien a quien mirar

desde abajo. Por eso me han apreciado siempre tanto, porque era nieta de una mujer de un nivel superior en la jerarquía de etéreos.

Me miro el tatuaje de hélice de hojas y flores que rodea mi muñeca, la misma que tatuó el cuerpo entero de mi marioneta. Es parte de la magia, y me siento un poco idiota por no ir mirando las muñecas a la gente a ver si tienen tatuajes así en sus brazos, como un brazalete pintado sobre la piel. El de Leo no me he fijado, el de Rod ni me acuerdo. Debería prestar más atención a esos detalles.

Vuelvo a suspirar. Necesito cafeína. Voy a levantarme a prepararme un café cuando recuerdo que Asia está en algún lugar de la casa esperando una orden.

—Asia —la llamo—, ¿puedes prepararme un café, por favor?

No sé por qué se lo pido tan educadamente, no tengo por qué hacerlo.

Escucho los pasos de la chica dirigiéndose a la cocina desde el pasillo. Después del sonido de la nevera abriéndose y el microondas sonando, Asia me trae el café en una tacita.

Al ir a cogerlo, aparto las manos por el quemazo. Mi marioneta deja el café de inmediato sobre la mesa para cogerme las manos y revisarlas. Siento un calambre ahí donde su piel roza la mía. Es la primera vez que nos tocamos.

—Está bien, Asia. No te preocupes —le digo, apartándome de ella. Parece aceptar mis palabras y se va a la cocina.

Regresa con el *brick* de leche, y echa un poco en el café para enfriarlo. Sea lo que sean las marionetas, son inteligentes.

—Gracias, así está mejor.

Hace un ademán de irse, que no tardo en interrumpir dando unos golpecitos en el sofá.

—No, no, quédate, por favor.

Es una súplica, pero claro que ella lo acepta como una orden de su dueña. Se sienta en uno de los huecos libres, erguida.

¿Cómo de raro sería hablar ahora en alto de todo lo que se me pasa por la cabeza? Cierro los ojos y me pongo a rebuscar en

sus recuerdos, no en los míos. Su pasado me dio bastante pena cuando lo vi la primera vez. Una familia desestructurada que gastaba el dinero en vicios que no se podían permitir y que derivó en hambre y frío. Una familia que, además de fallar en lo material, también fallaba en el respeto, usando constantemente su necrónimo. Las memorias abarcan mucho espacio, pero comparado con todo lo que vivió en su vida, me da la sensación de que los últimos años, los felices, independizada con su vecina y el novio de esta, fueron demasiado cortos antes de que apareciera yo para arrebatárselo.

No voy a pensar en eso, ella no tuvo la culpa de nacer crisálida y tener magia en su interior, una magia que solo los etéreos podemos absorber para que todo quede en equilibrio. No tiene la culpa, pero yo tampoco. Ya me lo dijo Lía mil veces.

Me la quedo mirando. Sus ojos grisáceos son preciosos, a pesar del negro que rodea los iris. En comparación con la primera vez que me los encontré, brillantes, están apagados. Después de darle el veneno que acabó con su vida, no han vuelto a iluminarse de la misma forma. Aunque no están idos, que era lo que esperaba. Los de ninguna marioneta que me he cruzado en la guarida lo parecen. Asia no es diferente.

Cojo aire antes de volver a mirarla. No sé si haberle cambiado el nombre es una falta de respeto o todo lo contrario, al separar el ser que tengo delante de quien fue Sabina, por mucho que fuera el nombre que escogió como suyo. Podría preguntarle, pero no puede responder. Es una marioneta y, entre todas las cosas que le han enseñado a hacer, hablar no es una de ellas, por mucho que entienda lo que le digo en español.

Me acerco el café a los labios con la esperanza de distraerme de tanto pensamiento intrusivo. Me relamo tras el primer sorbo.

—¡Está buenísimo, Asia!

Sé que son imaginaciones mías, porque las marionetas no expresan emociones, pero me da la sensación de que ha sido capaz de sonreír ante mi comentario. Doy otro sorbo. Le ha debido de añadir canela. Un recuerdo me invade cuando el

sabor vuelve a llenar mi boca. No es la primera vez que Asia prepara cafés, entre sus recuerdos, las cafeterías son recurrentes, así como las bebidas calientes en casa. Supongo que el aprendizaje es innato y este cuerpo replica lo que hacía en vida.

El «croak croak» que tengo establecido como sonido de notificación en el móvil interrumpe mi merienda. Será Heide, o eso pienso antes de ver el número desconocido de alguien.

El corazón se me acelera conforme voy leyendo.

Hola, soy Leonardo.
Somos compañeros de clase.
Rod me ha dado tu número. Un saludo.

Obviando que escribe como un señor de cincuenta años utilizando el correo electrónico, me apresuro a contestarle.

Holi Leo! 🌼
Qué tal?

El «escribiendo…» dura aproximadamente lo mismo que lo que le duraba a mi abuela cuando me respondía, así que espero que no se pegue tanto solo para escribir un «ok» o poner un emoji.

Me equivoco.

No sabía qué responderte en clase, perdona.
Ya me ha dicho Rod que eres una etérea
de su mismo aquelarre.
Pero sí, conocí a Cándida.

«Conocí a Cándida». Esa última frase me reverbera en el cráneo un rato largo. Casi no doy ni una cuando aporreo el teclado.

Te puedo llamar un momento???

Casi puedo imaginarme su cara recibiendo la respuesta. Seguro que es de los que les da ansiedad coger el teléfono, seguro.

¿Podemos hablar por aquí, si no te importa? No sé mucho de ella, pero sí que la han mencionado varias veces en el aquelarre.

Oki, no te preocupes.
Soy su nieta.
Crees que podría acompañarte al aquelarre un día y preguntar a alguna de las mayores?

Soy consciente de lo brusca que es mi pregunta, no es muy difícil imaginar la respuesta tampoco. Aun así, ahora mismo recibir un «no» es mucho mejor que no recibir nada.

No creo que sea buena idea, Victoria.

Suspiro con los dedos en el teclado. Pruebo varias respuestas que terminan borradas antes de tomar la decisión de bloquear el móvil y respirar hondo.

Voy a acercarme un poco más a Leo, a ver si con un poco de amistad cambia de opinión. Además, ahora tengo bastante con encontrar a la crisálida de Rod, que es lo más importante. Llevo muchos años sin conocer el pasado de mi abuela, por esperar un par de meses para priorizar las tareas urgentes no va a pasar nada.

Al levantar la vista, los ojos de Asia me escrutan, como si sintiera curiosidad por lo que he estado haciendo en el móvil. Ella no puede hablar con nadie, de hecho, seguramente lo que le diga será como haber estado hablando en alto, pero sola. Por eso

le cuento lo que estoy planeando, le hablo de mi abuela, de algunos momentos que pasé con ella, y de lo que tengo que hacer en el instituto. Ella asiente de vez en cuando, como si me entendiera, aunque sé que son solo actos reflejos de su función de recibir mis órdenes. Aún con ello, consigue no hacerme sentir tan sola.

Al rato, saco el ordenador para conectarme a la aplicación que utiliza la secretaria que trabaja en el instituto y que ha permitido que entre sin que nadie ponga pegas por la irregularidad. Reviso la lista de alumnos. Ayer ya descarté a todos los de los tres primeros cursos. A pesar de no conocerlos bien, siento un alivio inmenso de que los hermanos de Sebas queden descartados. Las crisálidas se ponen en el punto de mira porque empiezan a ser identificables a partir de los quince años. Sí que es verdad que hay etéreos que pueden sentir corazonadas cuando conocen a una crisálida, aunque no se haya revelado su poder aún. Es algo poco común y que, desafortunadamente, yo no puedo advertir.

—Pero vaya —explico en voz alta, para que Asia me escuche—, las crisálidas solo se consideran peligrosas a partir de los quince años, y hasta los dieciocho, que es su límite de edad. Nunca su maduración de ninguna dura más de eso. Ahora mismo quedan como opciones solo los alumnos de cuarto de la ESO y de primero y segundo de bachillerato.

Eso hace unos cien alumnos. Voy filtrando en la aplicación.

—Sebas está entre ellos —digo, cogiendo aire—. Puede que Rod esté tan amargado porque piensa que puede ser él. Lo descartaré a él primero para que se quede tranquilo. Entre tantas personas es imposible que sea la crisálida de Rod.

El etéreo perdió a una madre en su día, no debería perder a nadie más. Estoy segura de que las desgracias solo ocurren una vez.



¿QUÉ ELIGES? ¿EL AMOR DE TU VIDA O TU PROPIA MAGIA?

Rod está enamorado de Bast, su mejor amigo, desde el primer día del instituto. Bast sabe todo de él, salvo dos cosas: sus verdaderos sentimientos y el pequeño detalle de que Rod proviene de una estirpe de nigromantes titiriteros, unos hechiceros que se ocultan entre los humanos y que tienen el poder de usar cadáveres como marionetas.

Entre rituales secretos y los exámenes de selectividad, la vida de Rod da un vuelco cuando descubre que la víctima a la que magia ha elegido para que él la mate y la use como marioneta es Bast, la única persona que de verdad le importa.

¿Puede un chico con alergia a las emociones desafiar una tradición mágica que arrasa con todo? Rod tendrá que decidir quién quiere ser y a quién está dispuesto a perder.

FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es

ISBN 978-84-19831-63-7

5500163